

III domingo de Cuaresma (08-03-26)

Homilía del Cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

Gracias por leer el evangelio, Padre Emerson, de la Parroquia de San Juan Bautista, la primera iglesita que hicieron los dominicos cuando llegaron al inicio en Lima. No es la primera parroquia, pero es la Iglesia más antigua. Gracias por venir con todos sus acólitos.

Hoy día, hermanos y hermanas, en este camino de Cuaresma, estamos ante un proceso de conversión, y un proceso de conversión que se hace en la Cuaresma, como Jesús, que estuvo cuarenta días estuvo en el desierto. Nosotros también estamos aquí para seguir ese camino y, en ese camino, profundizar algunas cosas.

El texto de hoy es bellísimo y, además, qué lindo que haya coincidido con el Día de la Mujer, porque vemos nosotros aquí cómo trata Jesús a las mujeres. Es fuerte, pero profundo y delicado. Eso es hoy día una de las cosas más importantes, porque, si no cambiamos esas actitudes, como después leeremos en el texto final del Papa León XIV, nosotros empezamos a destruirnos también nosotros. Y son muchas las vejaciones y los maltratos a la mujer, muchos maltratos a las mujeres más jóvenes, especialmente, a los niños y niñas. Por eso, tenemos que recapacitar y entrar claramente en una posición de crecimiento humano.

En este texto (Juan 4, 5-15), lo primero es el tema del agua y el punto central es el problema de la sed. ¿Cómo es nuestra sed? Y, en esa sed, hay algo importante: tenemos sed cuando estamos cansados, pero estamos cansados

por diversos motivos. Y cuanto más entramos en una situación difícil, más nos cansamos, más nos falta el tiempo para pensar, más nos falta el trato adecuado y justo. La rapidez no arregla las cosas.

El mundo apurado que vivimos es insuficiente para vivir, y está demostrando claramente que tiene que haber un cambio radical, en donde hay que poner una especie de remedio claro y definitivo que permita parar tanto apuro. Ese apuro es el que acaba de producir, en esta semana, el inicio de una guerra que puede ser ya la guerra mundial, porque todos se están preparando para matarse unos a otros. El Papa ha sido muy claro hoy en llamar la atención sobre que el único remedio a la violencia y a las guerras es la paz y el acuerdo entre las personas. Y eso es lo que se está perdiendo, de tal manera que todo se arregla con violencia, todo se arregla con imposiciones y locuras.

Si vemos un poco este texto, hay algo parecido, aunque todavía en una forma menor, pero está presente. Por una parte, Jesús le pide: “Dame de beber” a esta mujer que tiene ahí. Ella está al lado del cántaro que tiene para poder recoger el agua. Y ella le pone un problema que nos parece un poco raro: “¿Cómo siendo tú judío me pides a mí, que soy samaritana, dame de beber?”

Es algo así como: “si tú eres un judío que te crees, ¿cómo vienes a hablar conmigo, que yo no soy nadie para ti?” Son los problemas que siempre pasan entre los pueblos, que unos se desprecian los unos a los otros. Esto pasa en nuestros barrios cuando establecemos diferencias absurdas: “Yo soy de aquí, tú eres de allá”, “yo nací en cuna de oro y tú en una de paja”. Esas tonterías que llenan nuestras vidas emergen cuando hay una crisis, cuando no

se sabe cuál es el valor fundamental; y atraviesa nuestro corazón, y nuestro corazón se llena de tonterías.

Entonces, los tiempos de crisis, los tiempos difíciles como los que estamos viviendo, son tiempos para recapacitar, para ir al fondo, para beber la verdadera agua, que es Jesús, que viene a tratarnos con delicadeza y enseñarnos humanidad. Y este es un tiempo para todos, desde las bases de la sociedad, clamar por humanidad, aprender a construir humanamente, organizarnos para ser más humanos. Y atender los distintos problemas de las personas, ayudarnos mutuamente, reconocer el valor del Otro.

Eso es lo que hace Jesús con ella porque, por una parte, Él está hablando bonito y ella todavía no entiende. Hasta que Jesús ¡clac! ¿no?, la afronta a su problema humano. Vamos a verlo:

Jesús responde al cuestionamiento de la samaritana con palabras dulces. A mí me gusta mucho ese texto porque, en una confirmación de los primeros días que yo estuve viniendo de mis estudios en el exterior, el Cardenal Landázuri me mandó a la Tablada de Lurín y, en una confirmación, un muchacho altito, negrito, dice: “Jesús sabía enamorar. Mira cómo la trata”, decía.

Este texto me ha quedado grabado porque es un texto interpretado por un joven preciosamente, y de ahí lo recojo.

“Si conocieras el don de Dios y quién te dice ‘dame a beber’, tú le pedirías a Él y Él te daría agua viva”, le dice el Señor con estas palabras dulces. El don de Dios, si conocieras, la está tratando con cariño. Está viendo que ella no tiene en cuenta algo fundamental.

¿Cómo responde la mujer a esta delicia de propuesta? “Si conocieras el don de Dios”. O sea, algo profundo te está faltando... “Señor, si no tienes balde y el pozo es hondo, ¿de dónde vas a sacar esa agua viva?”

Como ustedes ven, reacciona como nosotros normalmente, ¿no? Así, ordinariamente. Para ella, es un problema de balde. Pero el don de Dios y esa agua viva no es un problema de balde; es un problema de reconocer que esa agua está ya en mí, en nosotros. Inclusive, le pone ejemplos de otros que usaron ese pozo y bebieron. “¿Pero tú de dónde vas a sacar?”

Vuelve Jesús con palabras lindas: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed, pero el que beba el agua que yo le daré nunca más tendrá sed. El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”. Esto parece que le ha convencido, finalmente, a la samaritana.

Y la mujer le dice: “Señor, dame esa agua. Así no tendré más sed ni tendré que venir con mi balde a sacar”. Como ustedes ven, siempre está pensando en el balde. Está reduciendo. ¿Por qué? Porque cuando vivimos distraídos y con tantos problemas, no vamos al fondo. Y cuando nos están hablando simbólicamente, no entendemos.

Es como el asunto del piropo, ¿no? En Lima, antiguamente, había piropos para las chicas, para los enamorados, las enamoradas. Se decía “piropear”. Ahora que la siguiente semana se va a televisar la misa en Andahuaylas, recordamos una canción que también es un piropo:

“Linda andahuaylina, porque te quiero tanto, te adoro tanto. En mi tierra hay tantas hermosuras, andahuaylinas”. ¿Ven? Son los piropos. Eso lo hemos perdido, hermanos y

hermanas, lo hemos ido perdiendo. Los chicos ya no saben lo que es piropear a alguien, decir algo bonito.

Jesús nos enseña ese camino. Ella no entiende todavía ese lenguaje porque lo ha perdido, a pesar de que en Israel existía. Vean los salmos en la Biblia, que son todas poesías preciosas a Dios y a las personas. Los libros de la Sabiduría son encantadores, pero todo eso en la época de Jesús se había perdido.

Y dice, entonces, Jesús, como respuesta: “Créeme, mujer, que se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen, nosotros adoramos lo que conocemos. Pero se acerca la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre desea que le adoren así”.

¿Qué cosa es adorar al Padre en espíritu y en verdad? Lo que quiere Jesús es que penetre en esta mujer tal profundidad de reconocimiento del don que tiene dentro, que puede entonces, con todo su ser, con toda su alma, con todas sus fuerzas —como decía al inicio el Shemá Israel: “Escucha, Israel”, que lo tienen los hebreos desde el inicio— vivirlo intensamente.

Si hoy día los hebreos actuales escucharan el don de Dios, no tendríamos guerras. Si los grandes de este mundo escucharan el don de Dios que tienen dentro, porque no está diciendo que solamente el don de Dios viene de fuera y entra, sino que lo tenemos. Lo que pasa es que no lo descubrimos.

Todo ser humano es hijo de Dios y, potencialmente, todos podemos adorar al Señor con todo el ser de nuestra vida,

reconociendo nuestros límites y las cosas buenas que tenemos también.

La samaritana no entiende, todavía, y le dice: “Sé que va a venir el Mesías, el Cristo. Él nos lo dirá todo”. O sea, “tú no te metas conmigo, porque eso me lo va a revelar el Mesías que va a venir”.

¡Menuda sorpresa! - “Soy yo, el que habla contigo”, le dice Jesús. Ella se quedaría estupefacta, ¿no es cierto?

Entonces, dice aquí: en aquel pueblo había muchos que creyeron, pero Él le dice una cosa más importante: “Ve y llama a tu marido”. Y dice: “No tengo marido”.

“No tienes marido porque has tenido cinco y con el que estás no es tu marido”, responde Jesús, y la abre, la afronta. La afronta seriamente, sin desprecio, pero con exigencia. Y ahí ella encuentra la verdad de su vida.

Por eso va a decir a todos en el pueblo: “Vengan a ver uno que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?”

Hermanos y hermanas, el Señor no solamente quiere llegar a nosotros como un don de Dios, sino que quiere que aprendamos que el don de Dios está metido en nosotros porque somos sus hijos y Él ha venido a despertarlo. Por eso, también va a decir a sus discípulos que ya está todo para la siega, para la cosecha, a pesar de que, en realidad, no era tiempo.

Lo que dice es que detrás de eso es que lo que no ves, que parece un desierto, está en el fondo germinando algo interesante. Todos tenemos en el fondo de nosotros la germinación de la semilla de Dios, que está a la espera de que solamente nos pongamos en sintonía con ella, y toda nuestra bondad, amabilidad y nobleza se despierta.

Hay algunos que la sepultan y la retapan, y la contratapan inclusive con declaratorias de guerra. ¡Pero es posible la paz! Viendo que, en el fondo, todos somos hermanos y, cediendo, aceptando que estamos limitados y hemos hecho cosas que no están bien.

En estas bodas de oro, queridos hermanos de la Guardia Republicana, compañera de la Guardia Civil en que estuvo mi padre, los saludamos y pedimos que aprovechen para ver todo lo valioso que fue esa guardia, que era de esos guardias que había en las esquinas y con los que podríamos conversar; y no cualquier cosa que a veces se haya constituido luego en la policía.

Hermanos y hermanas, todos tenemos acceso a Dios porque Él está encarnado en nosotros y no se va a separar. Nos llama desde lo hondo del corazón. Bebamos, entonces, de su agua, la única que nos quita la sed y nos hace vivir en alegría y en amistad.

Que Dios los bendiga y las bendiga a todos y a todas, y especialmente en este Día a la Mujer, que practiquemos vivamente el respeto, la amabilidad, el cariño y el agradecimiento, sobre todo. Y la justicia para quien ha sido maltratado y maltratada.

Que Dios los bendiga y las acompañe, especialmente, a los de la Guardia Republicana y a toda la gente linda de nuestra querida Parroquia San Juan Bautista, con el Padre Emerson adelante.

Gracias a todos y sigamos caminando, luchando por la mujer, poniéndonos siempre de acuerdo en resolver los problemas y, evidentemente, en las fallas que a veces tenemos, las podamos corregir.

Bendiciones para todos.

Palabras finales:

Palabras de León sobre violencia contra la mujer

“¿Cómo podemos hoy dar una explicación a la violencia, ya demasiado frecuente y dolorosa, que tantos hombres ejercen sobre las mujeres que dicen amar? Hasta llegar a matarlas. Brutalmente, con odio, como si fueran culpables de ya no amarlos.

Hay que eliminar esta violencia y buscar la manera de formar la mentalidad; debemos ser personas de paz, que quieren el bien de todos. La violencia, cualquier violencia, es la frontera que divide la civilización de la barbarie. Nunca se debe subestimar un acto de violencia y no debemos tener miedo de denunciarla, incluido ese clima que la justifica o que atenúa o niega las responsabilidades.

Las mujeres son protagonistas y creadoras de una cultura del cuidado y de la fraternidad indispensable para dar futuro y dignidad a toda la humanidad”.

Estas palabras del Santo Padre nos deben llevar a todos a hacer una resolución profunda de nuestras vidas para mejorar esta situación humana que nos viene arrastrando de tanto tiempo. Y, entre los países que más se asesina a las mujeres, tenemos al Perú.

Unas últimas palabras del Santo Padre sobre la situación de tensión mundial que existe hoy día:

“Desde Irán y desde todo el Medio Oriente continúan llegando noticias que suscitan profunda consternación. A los episodios de violencia y devastación, y al difundido clima de odio y miedo, se añade el temor de que el conflicto se amplíe y que otros países de la región, entre ellos el querido Líbano, puedan volver a caer en la inestabilidad.

Elevamos nuestro humilde ruego al Señor para que cese el estruendo de las bombas, callen las armas y se abra un espacio de diálogo en el que se puedan escuchar las voces de los pueblos. Confío esta intención a María, Reina de la paz, para que interceda por cuantos sufren a causa de la guerra y acompañe los corazones a través de senderos de reconciliación y de esperanza”.

Hermanos y hermanas, establezcamos en cada uno de nosotros el propósito de ir construyendo la paz desde los puntos más elementales de nuestra vida. La paz con nosotros mismos afrontando nuestros problemas, viéndolos cara a cara, y encontrando la fuente del agua viva del Señor. Y ayudando a los demás a encontrar esa fuente de agua viva que es la única que nos calma y da vida.